

En éstasis profundo sumergido,
No levantó la faz hasta que el día,
Con pálidos fulgores asomando,
Comenzó á disipar la noche umbría.

Ya el tibio sol con paso perezoso
Su rostro por los montes descubria,
Cuando, el cándido lino tremolando,
De la pérvida hueste un mensajero
Se acerca á la Ciudad: posa en sus labios
Falaz sonrisa, que el rencor no encubre;
Y mal oculta entre la verde oliva,
La ominosa cadena se descubre ¹².

«¡Paz, paz con los tiranos! Guerra eterna,
Guerra á la usurpacion: muramos todos,
Muramos, sí, vengados;
Antes que vernos á las torpes plantas
De bárbaros verdugos,
Sin libertad, sin patria, arrodillados.»
Así gritó la inmensa muchedumbre:
Guerra! el Gállego, el Huerba, el Ebro hinchados
Guerra! sonaron los profundos valles,
Guerra! Moncayo y su elevada cumbre.

¿Visteis tal vez en el hercúleo Estrecho
Chocarse dos corrientes encontradas,
Por los opuestos vientos impelidas?
Mayor era el fragor: mayor estruendo
La Ciudad augustísima asordaba,
Que el que forman las selvas de Apenino,

Por el Águila y Noto combatidas.
Crece el marcial clamor; y entre las voces,
De Palafox resuena el ronco acento;
Tal como trueno en tempestad horrísona,
Que el mar acalla y el sañudo viento.
Resuena; y con la diestra no domada,
La flecha ensangrentada
¡Fiera señal de guerra!
Arroja al enemigo campamento ¹³.

¡Cuánto trance cruel, de aquel momento,
Ciudad de gloria, ante tus muros viste,
Y mengua agena y propio vencimiento!
Cada luz, nueva lucha; debelados
Vió cada luz los bárbaros guerreros,
Desde el Vístula al Tíber celebrados ¹⁴.

¿Quién domó su altivez, ó quién refrena
Supreciado valor? Endeble valla
De leve polvo y deleznable arena,
Los flacos torreones, sostenidos
En endeble cimientó
Que, al sacudir el viento
El cañon estruendoso, titubea;
¿Serán potentes á atajar la furia
De los que al mundo locos pregonáran
Su irresistible esfuerzo en la pelea?
¡Ay! que airados encienden,
En la fuerte trinchera guarecidos,
La destructora mecha;

¡Ay! que ya derruidos
 Los vacilantes muros, cae deshecha
 La alzada torre, que á la hueste fiera
 Terror y espanto fuera ¹⁵.

¡Tú tambien! ¡Tú tambien, Sancha divina!¹⁶
 Honor y prez de Iberia, tú cercada
 De la atroz muerte y la espantosa ruina!
 Sálvate por piedad: ¿no oyes el ruido?
 ¿No ves el aire arder? ¿Cómo levanta
 Montes de escombros la preñada bomba,
 Y con horror la tierra
 Hace tremer bajo tu débil planta?
 Sálvate, por piedad; que no tan bella
 Formó natura tu graciosa mano
 Para inflamar con ella
 El horrendo cañon; ni pudo insano
 Las Furias hospedar el blanco pecho,
 Para las Gracias hecho.

No mas lucha, no mas: el vasto mundo
 Lleno está de tu nombre y de tu fama;
 Lidiar te vió gloriosa el sol naciente,
 Lidiar te mira, y ya en el occidente
 Apenas luce su apagada llama.

Llega la noche: Vénus tras las huellas
 Del fugitivo sol desaparece;
 Y en los opacos cielos resplandece
 El trémulo fulgor de las estrellas.
 A su confusa luz, de la trinchera

Vése salir á la cobarde hueste,
 Que á merced de las sombras y el silencio,
 Quiere en sangre saciar la rabia fiera.

¿Quién el horror de la tremenda noche,
 La ciega confusion, el crudo estrago,
 Osará describir? Diez veces fueron
 Las que sañudos los feroces Galos
 Al arruinado fuerte arremetieron;
 Diez las que en polvo y sangre denegridos,
 De los altos escombros derrocados
 Con ímpetu cayeron.

Así débil bajel, despedazado,
 La prora abierta, en medio de las aguas,
 Resiste entre las rocas encallado:
 La mar en vano con furor impío
 Bate el roto costado;
 Crecen las olas, álzanse á las nubes;
 Y en los frágiles leños estrelladas,
 En leve espuma bajan y en rocío.

¿Ni cómo numerar tantos guerreros;
 Que en el horror de la tiniebla oscura,
 En las contrarias haces confundidos,
 Tiñeron con mil sangres los aceros?
 Cada cual es un dios; ardientes rayos
 Lanza en torno de sí: muy mas que todos
 Impávida, animosa,
 La inmortal heroína,
 De heridos y cadáveres cercada,

La fuerte diestra intrépida fulmina.
 Salve, divina Sancha : amor sublime
 De patria y libertad, tu dulce mágia,
 Tu imperio soberano
 Bendiga eternamente el labio humano.
 ¡Bendita, oh libertad! ¡Bendito seas,
 Almo don de los cielos! Tú solamente
 El brazo castellano
 Alzáras contra el bárbaro Tirano;
 A tí España sus triunfos, á tí debe
 Sus lauros Zaragoza... ¡Ay, qué trocada
 De la que fuera un día,
 En sempiterno duelo sepultada,
 Resiste al hado; y de la adversa suerte
 La implacable sentencia desafía!
 Llegó el plazo cruel : el negro trono,
 Sobre pálidos huesos asentado,
 Alzó el Númen del mal; la cruda muerte,
 Blandiendo con el brazo descarnado
 La terrible segur, corre y asuela;
 Y el contagio letal los puros aires
 Inficiona con sopro envenenado.
 Los tristes habitantes en sus venas
 Sienten la sangre arder, y ponzoñosa
 Hinchar los flacos miembros denegridos;
 Fuego abrasa sus ojos, sus entrañas,
 Y los cárdenos labios encendidos.
 No fuera mas terrible el diente agudo

De víbora traidora, cuando vierte
 Su veneno fatal, y con la sangre
 Rápido corre su licor de muerte.

Así la vírgen yace, así el anciano,
 La esposa, el niño, el jóven, el guerrero;
 Y en convulsiones hórridas luchando,
 Lanzan el ¡ay! postrero.
 La hermana del hermano
 Bebe el hálito infesto, y al sepulcro
 Abrazados descenden; tierna madre
 Del hijo, al espirar, la ardiente mano
 Oprime contra el pecho;
 Y ¡oh triste! el mismo lecho,
 La tumba misma unidos los recibe.

Luto do quier y muerte : el hambre escava
 Mas huesas que el contagio; enflaquecida,
 Los amarillos miembros agitando,
 Lenta carcome el mísero cimienta
 De la angustiosa vida;
 Y en eterno tormento
 A los invictos héroes aquejando,
 Hunde en la tumba víctimas sin cuento.
 ¿Dó los arcos de flores, las columnas,
 Los altos monumentos?
 ¿Dó el bélico clamor de los valientes?
 Lánguidos, macilentos,
 Rastrando van por las desiertas calles
 Los exánimes cuerpos, sostenidos

En la robusta lanza; triste llanto,
Mortal silencio, lúgubres gemidos
Suceden ¡ay! al armonioso canto;
Y en vez de triunfos, que por tierra yacen,
Vense solamente huesas y sepulcros.

Blanda la tierra os sea,
Héroes de bendicion; siempre sereno,
No el cielo turbe vuestra quieta tumba
Con rayo abrasador ni ronco trueno.
Yaced, yaced en paz: Ebro en sus hondas
Concavidades gima congojoso;
Y al correr por el pie de los sepulcros,
Béselos respetoso,
El bramido acallando de sus ondas.

¡Una, mil y mil veces bienhadados
Los que, al morir, vuestros tranquilos ojos
Fijar pudísteis en la libre patria!
No la vereis arder; ni destruida
Buscar entre sus ruinas los despojos
El Vándalo feroz; ni ensangrentados
Los santos templos; y la tierna esposa
Al triunfal carro, y los queridos hijos,
Y los ancianos padres amarrados.

Tan aciago momento
Natura entristecida
Presagió con agüeros pavorosos:
La faz mostrando en sangre enrojecida,
El sol se oculta, y las opuestas nubes

Tiñe con mil celages horrorosos;
De pálida corona circuida,
La luna brilla apénas, y se pierde
En medio de los cielos tenebrosos;
Y es comun voz que por los aires vagan
Pálidas luces, que en la triste noche
Sobre el sepulcro lóbrego se encienden;
Y á los mortales siguen,
Si huyen con pie medroso; y raudas vuelan,
Si con osada planta las persiguen¹⁸.

De tan tristes auspicios amagada,
Vé impávida acercarse el fin tremendo
La heroica Zaragoza: derruidos
El mal trabado muro y torreones,
En pálidos espectros convertidos
Los fieros campeones;
¿Qué valladar enfrenará el impulso
De las fieras falanges enemigas?
Cobardes, sí, cobardes,
Ni medir osan el traidor acero
Con el débil guerrero
Que apénas mueve el paso mal seguro,
Ni penetrar por el deshecho muro;
Y ¡oh mengua! ¡oh vilipendio! los que osáran
Señores proclamarse de la tierra,
Las célebres legiones¹⁹
Que desde el Nilo al Báltico llevarán
La asolacion y espanto de la guerra,

Los ínclitos caudillos cuya fama
Temblar hiciera tronos y naciones²⁰,
No asaltar osan las augustas ruinas
De la triste Ciudad, que á un tiempo mismo
Contrasta invicta cuantas crudas plagas
Lanzó en mal hora el tenebroso abismo.

¡ Eterna maldicion al primer hombre
Que al arte diera y la cobarde astucia
Lo que al valor y esfuerzo fue negado !
Nunca, nunca naciera; y victoriosa
Aun nos mostrára su divina frente
La noble Zaragoza.

¡ Ay mísera ! ¡ cuál arde ! ¡ cuál incendian
Mil y mil bombas los dorados techos²¹!
Arcos, columnas, cúpulas, gimnasios,
Y alcázares y templos y edificios
Desplómense deshechos.

Sopla sañudo el Abrego, y derrama
El fuego asolador; entre humo y polvo.
Sube ondeando la sonante llama;
Las nubes rompe con radiantes sulcos,
Y el negro cielo con su lumbre inflama.

Crece el voraz incendio; resplandece
La abrasada Ciudad, cual una hoguera;
Y el horror aumentando el sacro rio,
En su móvil espalda reverbera
El trémulo fulgor, y arder parece.

¡ Por qué le fuera dado al hombre insano,

Con ánimo perverso,
Trocar en destruccion cuanto fecundo
Para su bien le ofrece el universo?
¿ Por qué, buen Díos, bajo su torpe mano
Natura esclavizada
Servirá á su furor ? ¡ Ay ! sorprendida
La madre tierra en sus profundos senos,
La asolacion abriga y el estrago
De los héroes del Ebro; conmovida
Por el profundo incendio, se estremece
Con súbito fragor; ardientes minas
Horrisonas revientan; piedras, arcos,
Al cielo arroja la esplosion tremenda;
Todo es incendio y ruinas;
Arde la tierra, y ábrese, y sepulta
Cien pórticos, y junto
Derrúmbanse cien torres en un punto.

Víctimas inocentes
Bajo rotos escombros oprimidas
La muerte invocan; sus agudos ecos
Retumban en los huecos
De las confusas ruinas, y se hiela
La sangre al escucharlos : busca el hijo
Bajo los propios techos arruinados,
Bajo los techos que nacer le vieran,
El paterno cadáver insepulto;
Y ante sus mismos ojos tierna madre
Vé hundirse para siempre

Las prendas de su amor en el profundo.
 ¿La constancia, el furor, el heroísmo
 Serán de algun valer? Otra vez y otra
 El horroroso abismo
 Brama, y retiembla, y ábrese, y devora.
 ¿A dónde, á dónde huir? Bajo la planta
 Resuenan roncós truenos;
 Y al estampar la huella, entre humo y polvo,
 Por medio de la tierra dividida
 Muestra la eternidad sus hondos senos.
 ¡Piedad, cielos, piedad! ¡Ay! arrancada
 Del profundo cimiento, se estremece
 De polo á polo la Ciudad divina;
 Y vacila, y desplómase, y su ruina
 De espanto cubre á las legiones fieras.
 Así en tremendo día
 Bramó el hórrido viento furibundo;
 El eterno equilibrio
 Perdió la tierra en la region vacía;
 La mar inundó el mundo;
 La Atlántica se hundió; y al sumergirse,
 Pavorosos los vientos se aplacaron,
 Y los mares sus aguas enfrenaron.
 Fue Zaragoza, fueron sus valientes,
 Su esplendor fue; su célebre renombre
 Resta tan solo... ¡Oh Dios! Si allá hasta el cielo
 Sube la humilde voz del débil hombre,
 Acoge mi plegaria bondadoso:

Nunca el arado tan sagradas ruinas
 Llegue á romper, ni el venerando suelo
 Con tantos hechos ínclitos famoso.
 Goce, antes de morir, en negra noche,
 Solo de algun relámpago alumbrada,
 Visitar sus escombros respetoso:
 Allí posará el alma; dulce llanto
 Descargará mi pecho comprimido;
 Y en las opacas ruinas escondido
 El pavoroso buho
 Me adulará con su agorero canto.
 Allí sumido entre el horror y espanto,
 En meditar profundo,
 Recorreré los siglos, la caída
 De cuanto ufano presentára el mundo.
 ¿Qué es ya de la Ciudad que al suelo ibero
 Dió dulce libertad en santas leyes?
 ¿La que ostentaba en su palacio Augusto
 Tantos despojos de vencidos reyes?
 ¿Cómo en sus anchas plazas no resuena
 El hervir de la gente, el ronco estruendo
 Del parche temblador? ¿Cómo no truena
 El horrísono bronce sobre el muro?
 Largas calles por tierra derribadas,
 Lúgubre soledad, mustio desierto,
 Ruinas ensangrentadas
 La vista anublan, y el cabello erizan.
 ¿Quién ya el ciego furor del Galo fiero

Quebrantará en la lid? ¿Quién pondrá linde
 Al ímpetu feroz de su venganza?
 ¿Quién?... Torna, Palafox, torna á la vida,
 Caudillo triunfador; vibra el acero;
 Blande la dura lanza;
 Acomete, destruye
 Cien legiones y ciento;
 Acorre al patrio suelo, que oprimido
 En bárbaro tormento,
 Contra el yugo inhumano
 Implora tu favor, y clama en vano.

En vano, triste patria; que luchando
 Entre los yertos brazos de la muerte,
 Ya, ya en el linde del sepulcro umbrío,
 Respira apenas tu adalid valiente²³.
 En su lívida frente
 Impreso está el furor; hierve su pecho;
 Y con mortales ansias apoyado
 En la débil siniestra,
 Asir intenta la invencible espada
 Que al lado pende del aciago lecho.

¿A qué aguardais, ó Vándalos? Heridos,
 Moribundos, cadáveres, escombros,
 ¿Os podrán resistir? Entrad, crueles...
 Entraron... ¡ay!... entraron los verdugos...²⁴

No mas: perdona, oh Musa; no me es dado
 El canto proseguir de horror y muerte;
 Triste el laud resuena destemplado,

Al pulsarle mi mano estremecida;
 Y los hondos sollozos y gemidos
 Que unidos á mi voz hieren el viento,
 El canto truecan en discorde acento.
 La cítara de Young, de ébano triste,
 Cabe el opaco Támesis sonando,
 Bajo el oscuro, encapuzado cielo,
 Bastára solo á pregonar al mundo
 Tan grave ruina, tan amargo duelo²⁵.